



Nómadas (Col)

ISSN: 0121-7550

nomadas@ucentral.edu.co

Universidad Central

Colombia

Ruiz A., Javier Omar
LOS CITADINOS DE LA CALLE, NOMADAS URBANOS
Nómadas (Col), núm. 10, abril, 1999, pp. 172-177
Universidad Central
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105114274014>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LOS CITADINOS DE LA CALLE, NOMADAS URBANOS

Javier Omar Ruiz A.*

La ciudad es uno de los puntos de llegada del proceso civilizatorio que ha seguido la humanidad, pero es un punto de llegada que no es uniforme ni homogéneo. La ciudad es tan diversa como las dinámicas de vida de los ciudadanos.

La manera como sus habitantes habitan la ciudad hace una de esas diferencias: Unos de manera sedentaria, otros como nómadas. La mayoría moviéndose puertas adentro, desde categorías de lo privado y lo público que no son las mismas para quienes viven explorando permanentemente la cara "callejera" de la ciudad.

Junto a la ciudad sedentaria circula una ciudad nómada a otros ritmos, a otras velocidades, con otra lógica; como si un atavismo convocara a la libertad de las calles.

* Pedagogo, Educador popular, Gerente social. Trabajo con habitantes de la calle en Perú y Colombia. Consultor y asesor en entidades privadas y paraestatales que trabajan con esta población. Acompañamiento a proyectos juveniles (VIH-SIDA, participación social, organización). Publicaciones varias.

Hay muchas razones y una historia

Los llamados desde hace pocos años *habitantes de la calle*, van junto a nosotros por las aceras o están en la esquina, en el semáforo, jalando un carro esferado lleno de cartón, generalmente sucios, a veces joviales, otras veces amenazantes. Van solos o en grupo, en pareja o con niños, van buscando en las basuras o esperando la oportunidad de una cartera prometedora mientras aspiran “pegante” en un frasco o en una bolsa de plástico.

Desde hace más de 350 años están ahí, junto a nosotros, tan llenos de historia como todos y tan reflejo de la injusticia y las desigualdades como el chofer que se alquila por horas, la señora que lava ropa ajena o el vigilante de un banco.

Junto a nosotros vienen haciendo parte de Santafé de Bogotá desde cuando ésta empezó a crecer al amparo de la Corona española. Todavía éramos Virreinato cuando en 1642, al lado de la catedral se abrió un hospicio –tal vez el primero– para personas en abandono y entre ellas, para “chinos de la calle”. Desde 1565 las autoridades españolas habían solicitado a la Real Audiencia abrir un refugio para mujeres desamparadas y sus hijos. Así, des-

de los orígenes de la capital, niños, jóvenes y adultos de ambos sexos vinculados a la calle, han ido junto a nosotros por la ciudad, pero no de la misma manera, no con la misma intensidad ni el mismo propósito.

La presencia de habitantes de la calle (gamines, ñeros, recicladores

suficientes. Quienes habitan las calles llegaron a ellas por múltiples razones, no todas del orden estructural. También llegaron por razones personales y culturales.

Una razón de orden cultural –todavía hipótesis muy poco investigada– es que *muchas personas se han sentido convocadas por la calle, atendiendo seguramente un llamado atávico al nomadismo*, independiente de que la salida del hogar haya podido ser detonada por una acción de maltrato familiar o por una aventura eventual.

En un texto que recoge su historia, dice Comanche:

“Siempre he sido de la calle, desde la edad de nueve años. Me volé, me salí de mi casa tras una bizquita. La historia fue así: se murió una hermana mía y como la bizquita vivía con ella, fue los nueve días a la novena. Ahí me pegué de la bizquita. Cuando se acabó la novena se fue de la casa, entonces ahí me dio también por volarme tras ella y me salí de la casa” (Herrera 1995: 47). “Con mi mamá la relación era muy buena... (...) Con mis hermanos y mis padres siempre la fui bien, lo único es que fui tan desprendido que me iba y no les avisaba, duraba tiempo sin que ellos supieran de mí (...) Yo creo que me tirabairme de la casa” (51).

De hecho, “el análisis causa-efecto (injusticia social – calle) queda corto para responder por la



“Comanche”. Archivo privado. Foto: Luis F. Lozano.

y familias de la calle) en nuestras ciudades y en muchas otras del mundo, tiene varias explicaciones. No se aclara solamente por lo de la injusticia social y/o por la disfuncionalidad familiar. Éstas son evidentemente razones ciertas, pero en mucho no son



Foto: Carlos Silva. Cortesía Corporación Extramuros.

persistencia de un fenómeno que, independientemente de las condiciones de miseria de las que se ha revestido, ha estado presente de una u otra forma en la génesis y desarrollo de las ciudades como forma de vida de los grupos humanos” (Ruiz 1998: 59). Esto quiere apuntar a la idea de que el proceso de urbanización de la vida humana, que significó un estilo específico y cada vez más sofisticado de sedentarización, no tiene por qué significar la eliminación de la alternativa nómada como una posibilidad de vida dentro de las ciudades. La evolución civilizatoria no tiene por qué ir exclusivamente en línea de la sedentarización. De hecho, la historia ha mostrado que el sedentarismo no ha sido el único relato de la ciudad. La literatura universal lo testimonia: Mark Twain, Charles Dickens, Máximo Gorki, entre otros.

Otra cosa es que por razones que deben seguirse estudiando, esta evolución ha privilegiado el proceso de sedentarización y ha excluido de sus beneficios a la posibilidad

nómada. Esta exclusión convirtió la vida trashumante en un estilo de vida marginal y para marginados, llena de deterioro y de miseria.

Así, la vida nómada en las calles de las ciudades quedó asociada *per se* a patología tanto personal como social. Por esta razón, se deben deslindar en el fenómeno de la calle los factores que remiten a un orden social injusto, de aquellos que remiten a una convocatoria atávica. Distinguir entre calle –injusticia y calle– cultura.

Esto significa distinguir entre los habitantes de las vías, a aquellos para quienes ésta es un extravío, por cuanto llegaron a ella expulsados por razones sociales, de aquellos para quienes la calle puede ser una posibilidad ya que la buscaron por aventura o por protesta, y de aquellos para quienes es una opción porque se sienten trashumantes de la vida. Es decir, esto significa que en la calle “no están todos los que son ni son todos los que están”.

Una cultura nómada

En las actuales calles encontramos que todos los grupos que la habitan, independientemente de su razón de estar en ellas, viven y recrean una cultura de la calle que se desarrolla necesariamente dentro de patrones nomádicos. De este modo estos habitantes adquieren la connotación de ser “cazadores” y “recolectores” de bienes y servicios urbanos (alimentos, monedas, relojes, collares, basuras, instituciones), viviendo siempre al día en medio de una gran población “cultivadora”, constructora de futuros.

Desde allí, este grupo humano desarrolla otro modo de asumir y entender la vida, otro modo de construir el mundo, de percibir el tiempo y de ubicarse en el espacio físico y social, otra racionalidad, otra lógica. Esta forma de nomadismo se ofrece como otro espacio ético y moral, económico, afectivo y sexual. Un espacio en donde la vida tiene otra dinámica, lo privado otros códigos y otros espacios, la cotidianidad otros ritmos. La calle es otro lenguaje de la ciudad y sobre la ciudad, otro lenguaje desde el que se han tejido tradiciones y generado ritos con soportes simbólicos significativos.

En este otro modo de ser ciudad, la sobrevivencia es el eje que estructura la vida, una vida en permanente urgencia, siempre demasiado cercana a la muerte. Por eso el tiempo es solamente el hoy. Mañana se puede estar muerto. La vida queda en el cada día como el esfuerzo por hacer del hoy una experiencia única y total que debe aprovecharse al máximo. Comanche lo explica de una manera admirable: “El futuro para mí es has-

ta el momento que yo viva. Ese es mi futuro, porque hoy me puedo acosar y amanecer muerto. El futuro es hasta el presente” (Herrera, 27).

La vida se reconoce desde otros límites, desde el asedio de la intolerancia, desde el asedio de la miseria, pero también desde los no- límites que ofrece una libertad percibida como ruptura con todo lo establecido y lo formal. Es ese sentido de libertad el que define al nómada urbano, el que perfila lo que es el nomadismo en cuanto tal. En palabras de Comanche la idea generalizada entre los habitantes de la calle es que “Uno sin libertad es totalmente nulo, muerto...” (Herrera: 93).

La vida en sus distintas necesidades, se “adapta” a las posibilidades que desde la libertad se puedan tener: “Es lo que más le preocupa a uno en la calle: la libertad. Y siempre va uno con ese ideal de ser independiente, de ser libre. Y se vuelve tan libre uno que si comió, comió, y si no comió, pues no comió. Hay que ver lo grande que es la constitución del de la calle. A una persona de la calle poco la vemos acudiendo a pedir medicina o a pedir algo para su cuerpo. Podemos pensar que vive enfermo y no, vive alentado. Ahí es donde digo, tiene que haber un poder de Dios que le de esa gran constitución a una persona de la calle” (92), vuelve a decir Comanche.

Siguiendo el mismo guión, la racionalidad económica se estructura desde expectativas de corto plazo. Es una racionalidad de gasto más que de acumulación. De usos y satisfacciones inmediatas. La economía sexual y afectiva tiene la misma lógica: las relaciones se fundan más sobre el criterio de la intensidad que de la duración. “Es un mundo en el

que las fronteras son simultáneamente particulares y universales. No existe una pared que limite su horizonte visual, y las leyes que regulan su permanencia configuran una escala de valores que responde a lo cotidiano”. (Zárate 1993: 5).

Estas características pintan un común denominador en el modo de ser y estar de los habitantes de la calle, pero no son el “uniforme”. Así como la ciudad sedentaria, la calle no es homogénea. Confluyen en ella diversas historias nomádicas como las de los caminantes, las de los mendigos, las de los “gamines”, las del mundo de la delincuencia y la droga. “Si el reciclador vive en la calle, puede ser ñero, pero ñero trabajador, porque es que hay ñeros delincuentes y ñeros trabajadores, ñeros drogadictos y ñeros sanos. De esa rama se derivan muchos, hay muchos rangos en eso de ñero” (Herrera, 104), lo dice Comanche con esa sabiduría de cincuenta y tantos años que un día de septiembre se desvaneció con la muerte.

La ciudad de la calle es heterogénea, llena de matices, con historias y tradiciones que se complementan o contradicen. Sin embargo todas estas historias particulares están articuladas en la funcionalidad que deben tener respecto a la dinámica de la calle. Una dinámica que está en permanente cambio porque debe adecuarse constantemente a lo que traiga el día. Estas características constituyen la racionalidad de un nomadismo urbano que si bien presenta formas que por las condiciones de miseria son circunstanciales, deja reconocer fácilmente una lógica trashumante de vida que le es estructural.

De esta manera, se trata entonces de legitimar la calle, no las condiciones en las que se la vive, así como tampoco se quiere legitimar las condiciones en las que se vive en un barrio popular. La calle como espacio de vida debe ser posible en una ciudad en la que el estilo sedentario no tiene que ser el único. De lo que sí se trata es de



Entierro del “poeta ñero”. Foto: Carlos Silva. Cortesía: C.E.



Foto: Carlos Silva. C.E.

lograr que se pueda vivir el nomadismo o el sedentarismo en condiciones de justicia.

Es posible una lectura desde la ciencia

Este proceso de legitimación se inicia cuando los ciudadanos de la calle son vistos como sujetos sociales, hacedores también de un proceso cultural susceptible de ser estudiado desde criterios científicos. “Los pobladores de la calle constituyen cultura por el hecho de comprender y significar su mundo; el discurso sobre la cultura de la calle apuntaría a explicitar esa comprensión e interpretación. (...) El poblador de la calle tiene una manera específica de abrirse a la totalidad de lo real, tiene un aparato simbólico que le permite comprender eso real, él lo interpreta, lo comunica, lo transmite en cada acto de su vida. Tiene también una forma de transformar las condiciones de su existencia en la calle” (Herrera, 178).

Este modo de ver las cosas tiene no pocas resistencias tanto en el campo de las ciencias sociales como en el de los educadores y trabajadores sociales que realizan actividades con esta población. Sin embargo, en palabras de Herrera, ya hay condiciones para el surgimiento de discursos y reflexiones acerca de lo que significa la cultura nómada.

“1- Existe un sentido común respecto a la realidad de la calle, como ordenamiento empírico susceptible de ser criticado desde una o varias disciplinas científicas.

2- Existe la intención de buscar nuevos caminos para comprender la realidad de la calle. Esto es lo que hace posible la ruptura epistemológica con el sentido común.

3- La sociología y antropología urbanas, desde sus especificidades, van teniendo en cuenta la realidad de la calle como configurante de la ciudad.

4- Existe la intencionalidad de orientar teóricamente, prácticas sociales y educativas no

convencionales, que proponen la calle como espacio social, político y educativo.

5- Las nuevas tendencias de los movimientos sociales implican trabajar con los pobladores marginados de las ciudades desde la perspectiva cultural.” (183).

Alberto, un teatrero que se hizo después habitante de la calle, decía en un foro en la Universidad Javeriana en 1994, que “la calle debe dejar de ser una anécdota de los periódicos y el chisme del día en los buses, para ser un estilo de vida estudiable en las facultades de antropología y de sociología. Ya no queremos que sólo nos estén estudiando en las facultades de psicología como enfermos mentales. No lo somos. Somos normales. Somos locos pero es por la vida, locos de vida. Nosotros necesitamos es que las universidades nos ayuden a entender mejor nuestro mundo y a cambiar lo que debemos cambiar, pero déjenos en la calle porque no somos anormales.” (Ruiz, notas de campo). A su manera, Comanche quiere decir lo mismo cuando plantea: “Tengo la cualidad que mi mente se desenvuelve a veces breve, creo que actualmente las cualidades más desarrolladas que tengo pueden ser psicología y filosofía” (Herrera, 26).

Sin embargo, desde la perspectiva del nomadismo urbano, prácticamente no se han desarrollado investigaciones sobre la realidad de la calle ni mucho menos sobre la ciudad en cuanto tal. La pobreza en este campo es una puerta abierta para que los estudiosos puedan atreverse a pensar, desde un acercamiento científico que rompa los estereotipos desde los que tradicionalmente se ha leído la calle.

Por lo menos dos ciudades

La visión desde el nomadismo, significa cambiar la mirada que se tiene no sólo sobre los habitantes de la calle, sino también sobre lo que es espacio público y aún, sobre lo que es ser ciudad. Indudablemente la concepción de ciudad como un todo homogéneo, cambia. Realidades como la dinámica de la calle obligan a pensar la ciudad como un espacio de encuentro de múltiples redes y circuitos sociales. Como ciudad que no tiene un solo rostro y tiene muchas miradas. Que es heterogénea, poliforme y que lo seguirá siendo a pesar de las concepciones totalizantes, de los esfuerzos homogenizadores, de las cruzadas por uniformizar el modo de ser habitante de la ciudad.

Esta realidad obliga a replantear aquel modelo de ciudad cuyo símbolo es la pared-que-mira-hacia-adentro. En este imaginario, a la ciudad se la ha desprovisto de la calle. La pared representa la frontera con la calle porque la ciudad ha sido asimilada y reducida a sedentariedad, a espacio cerrado, a casa, a estabilidad. La sedentariedad es el único estilo legítimo y legal de vivir la ciudad. Lo que esté por fuera, en los extramuros, debe ser re-socializado, re-habilitado para poder incorporarse a lo hegemónico (que se cree es lo absoluto).

La calle termina siendo un simple recurso físico que los alcaldes deben administrar en términos de defensa del espacio público. Hasta ahí parece llegar el ejercicio de la ciudad como ciudad: hacer de policía. En este esquema, los parques, las aceras, las calles, es decir los espa-

cios abiertos, deben cumplir una función decorativa respecto a lo sedentario, deben ser funcionales para los sedentarios en sus recorridos eventuales por estos espacios pensados para descansar puntualmente cuando las paredes angustian o cansan. Las calles y los parques aparecen como los complementos de la urbanística sedentaria.

En esta lógica el espacio público se piensa como espacio para estar siempre de paso, nunca para “quedarse”. Es el modo que el espacio



“Comanche” en el entierro del “poeta ñero”.
Foto: Caluca.

público adquiere para los dueños sedentarios de la ciudad. Entonces los de la calle deberán apropiarse del espacio público mediante acciones “privadas” e “íntimas” que harán que ellos puedan quedarse con el espacio público. Entonces allí duermen, “trabajan”, defecan, ríen, aman y mueren.

La ciudad no es entonces un todo, único y homogéneo, sino un conjunto de “partes” que tampoco necesariamente buscan armonizarse para definir una unidad. No es la ciudad un rompecabezas expresando

partes de una misma idea. Una ciudad son varias ciudades funcionando, cruzándose, complementándose, contradiciéndose, yuxtaponiéndose, a veces afirmando, a veces negando, en un movimiento incesante de ser desde todas las posibilidades.

Junto a los habitantes de la calle también transcurrimos los sedentarios, recorriendo nuestros cotidianos circuitos de circulación, soñando muchas veces con un pedazo de libertad que nos pudiera permitir desentendernos de los ajetreos que nos impone el tener un televisor en una pieza, un equipo de sonido en la sala, un carro en el garaje y una casa que pagar cada mes. Entonces unos con otros nos sentaríamos a mirar las estrellas por entre los árboles de un parque cualquiera de la misma ciudad.

Bibliografía

HERRERA, José Darío y M. Antonia Zárate, *Comanche, comandante de El Cartucho*, Fondo Editorial para la Paz, Santafé de Bogotá, 1995.

PÉRGOLIS, Juan Carlos, *Deseo y estética del fragmento en la ciudad colombiana*, *Magazín Dominical El Espectador* # 636, 23 julio /95.

RESTREPO J, Mariluz, *Simbología urbana en la propuesta de Armando Silva*, Signo y Pensamiento, Facultad de Comunicación Social, Universidad Javeriana, #22/93, Santafé de Bogotá.

RUIZ, Javier Omar, José M. Hernández y Luis A. Bolaños, *Gamines, instituciones y cultura de la calle*, Corporación Extramuros, Santafé de Bogotá, 1998.

SALCEDO, María Teresa, *La gente del parque*, *Revista Ecología* #10, marzo-abril 1992, Santafé de Bogotá.

ZÁRATE, M. Antonia. *Cultura de la calle. Una interpretación desde lo urbano*, Programa Nueva Vida –Corporación SOS Aldea de Niños, Santafé de Bogotá, Abril 1993.